

Ja



La ciencia de cuándo
reímos y por qué

Scott Weems

taurus

INTRODUCCIÓN

El chiste ha muerto. Incluso tuvo una necrológica, escrita por Warren St. John y publicada en el *New York Times* el 22 de mayo de 2005. «El chiste tuvo una muerte solitaria», escribió St. John. «No asistió ningún allegado».

El escenario, tal como lo denominan los poetas de salón, fue una noche oscura y tormentosa. La ciudad de Nueva York estaba siendo asolada por casi diez centímetros de nieve, con unas ráfagas de viento que superaban los ciento veinte kilómetros por hora y temperaturas muy por debajo de cero. La ciudad todavía se estaba recuperando de una ventisca aún más intensa de apenas dos semanas atrás, y el alcalde Robert Wagner se había visto obligado a declarar el estado de emergencia. Hasta que no aclaró y las máquinas quitanieve acabaron de verter la nieve en el East River, todas las tiendas de Nueva York permanecieron cerradas. Al mismo tiempo, un joven cómico llamado Lenny Bruce esperaba en un hotel de la calle Oeste 47, preguntándose si alguien podría superar esas terribles condiciones meteorológicas e ir a ver su espectáculo. No se permitía el tráfico rodado, por lo que pocas eran las opciones de ir al centro a ver a un humorista.

La medianoche del 4 de febrero de 1961 fue el comienzo de la prolongada muerte del chiste tradicional. Al final de esta noche, la carrera de Bruce, y también el destino del humor profesional, no volverían a ser los mismos.

Bruce ya se había ganado reconocimiento con sus actuaciones de humorista de club, con sus punzantes comentarios sobre la raza,

la religión y la hipocresía sexual. No contaba chistes, y a mucha gente sus historias no le divertían especialmente. Más bien resultaban escandalosas, parecían menos un espectáculo cómico que un comentario social. Bruce no era un humorista como Bob Hope o Sid Caesar; sus funciones poseían poca estructura y no había duda de que estaban poco ensayadas. Al igual que los músicos de jazz perfeccionan su arte no centrándose en canciones concretas sino puliendo su uso del instrumento, Bruce se estaba convirtiendo en un maestro del pleonasma, el relato y la observación intempestiva. La actuación en el Carnegie Hall sería su obra maestra.

Al principio del espectáculo, Bruce comentó la abundancia de público, preguntándose qué ocurriría si, en lugar de hacer su función cómica, simplemente interpretara un prolongado solo de violín. A continuación comenzó su actuación, y arrancó con una serie de observaciones y anécdotas al azar que, si se pusieran sobre el papel, resultarían incomprensibles. Se planteó qué ocurriría si Jesús y Moisés visitaran la catedral de San Patricio y vieran el tamaño del anillo del cardenal. Teniendo en cuenta que la tierra gira sin parar, cuestionó que la gente que moría a mediodía pudiera ir al cielo, o que aquellos que morían de noche pudieran ir al infierno. Cuando se oyó una interferencia en el micrófono se puso a buscar por el escenario el origen del ruido, y comentó lo divertido que sería que los altavoces simplemente recogieran el sonido de algún chaval que practicaba el piano detrás del telón. Al igual que Charlie Parker con el saxofón o Miles Davis con la trompeta, su instrumento era el micrófono, e improvisaba sobre cualquier cosa que se le pasara por la cabeza, lo que provocaba enormes carcajadas a pesar de que casi no contaba «chistes» tradicionales. «No existe el bien y el mal», dijo durante la actuación, «sólo mi bien y su mal».

Durante las siguientes dos horas, Bruce compartió sus observaciones acerca de la religión, los prejuicios e incluso acerca de las mujeres que tenían pelo en las axilas, y aunque tampoco dijo nada novedoso, era la primera vez que alguien actuaba con tanta soltura. Al igual que otros humoristas de su generación, rechazaba la idea de contar chistes a la manera convencional en favor de un enfoque

más personal, abandonando los comentarios ingeniosos y embarcándose en monólogos llenos de angustia en los que arrastraba las palabras de un modo que a veces rozaba el galimatías. No era el más gracioso de los cómicos de su tiempo. Ni mucho menos: gran parte de su humor resultaba incomprensible para el público, por la simple razón de que no se molestaba en acabar la mayoría de sus frases. Tampoco era el más inteligente. Más bien, era simplemente el más creativo y más personal, como ese chaval de la escuela por el que casi todos habrían votado si se hubiera molestado en presentarse. Era al mismo tiempo un genio y un completo desastre.

«La risa es involuntaria», dijo durante su actuación. «Intenta fingir cuatro carcajadas en una hora. Es agotador, tío. No puedes. Se ríen porque es divertido. [Ahora pone una voz rígida y formal.] *Tienen experiencia en el campo que se está satirizando*». En otras palabras, el humor sucede cuando conectamos con otras personas y compartimos su brega y su confusión. De hecho, el 4 de febrero de 1961 toda carcajada era involuntaria.

No obstante, el momento exacto de la muerte del chiste, su sentencia definitiva, no tuvo lugar hasta el final de su actuación. Bruce anunció que quería acabar su espectáculo con un chiste tradicional, con su desarrollo y su frase final. La gente se reiría y daría saltos hasta el techo, una música coral celebraría su alegría, y su trabajo sería tan perfecto que ni tendría que volver a salir a saludar. El chiste sería suficiente.

Diecinueve minutos más tarde todavía seguía contando el mismo chiste.

Aunque al final el chiste suscitó enormes carcajadas y aplausos, la reacción no procedía del propio chiste, que era bastante soso: en él, un hombre se dormía en un avión con la bragueta abierta y sus partes íntimas a la vista. No, el público prorrumpió en un estruendoso aplauso porque comprendió que algo insólito acababa de ocurrir. Habían presenciado una nueva forma de humor.

Un poco más tarde, Bruce sería arrestado por obscenidad, y humoristas como George Carlin y Richard Prior ocuparían su lugar como pioneros del humor, interactuando con el público de una manera desconocida para las generaciones anteriores. El humor

profesional gozaría de la misma buena salud que antes, aunque para nadie sería ya lo mismo.

«Yo no soy ningún humorista», dijo posteriormente Bruce. «El mundo está enfermo y yo soy el médico. Soy un cirujano que utiliza el escalpelo para los falsos valores. Yo no actúo. Simplemente hablo. Simplemente soy Lenny Bruce».

Soy demasiado joven para haber visto actuar en directo a Lenny Bruce, pero me encanta su trabajo, y a menudo me ha impulsado a preguntarme: ¿por qué nos parecen graciosas las cosas? Es una cuestión tan filosófica como científica: ¿por qué algunos comentarios, entre ellos chistes, ocurrencias o historias largas, provocan alegría y risas, y otros no? O, para ser más concretos, ¿por qué reaccionamos igual ante una ocurrencia de Lenny Bruce y ante otra de Henny Youngman? Youngman fue un cómico que pronunció la frase lapidaria «Llévese a mi mujer... por favor», el típico chascarrillo que hoy en día no abunda pero que en su tiempo hacía que el público se tronchara. Puede que el humor se haya adaptado a los gustos modernos, al igual que otras formas de entretenimiento, pero eso no explica por qué algo divertido para una persona no lo es para otra, ni por qué algo que resulta hilarante durante una década resulta trillado y rancio en otra.

Creo que la respuesta a estas cuestiones reside en el hecho de que el humor, en última instancia, no se reduce a juegos de palabras o chascarrillos. Aunque los chistes tradicionales ahora no abundan gracias a artistas como Bruce, el humor permanece vivo y las goza de buena salud porque es un proceso que refleja la época y necesidades de su público. Consiste en la elaboración social o psicológica de ideas que nuestra mente consciente no puede manejar con facilidad.

Como neurocientífico cognitivo que lleva más de una docena de años de experiencia en el estudio de cómo funciona el cerebro, he aprendido que comprender el humor exige reconocer la enorme complejidad del cerebro humano. Si el cerebro fuera un gobierno, no sería una dictadura, ni una monarquía, ni siquiera una democracia. Sería una anarquía. Se ha dicho que el cerebro se pa-

rece mucho a la presidencia de Reagan, caracterizada por innumerables módulos que interactuaban, todos ellos de manera independiente bajo la supervisión de un remedo de ejecutivo central. Opiniones políticas aparte, casi todos los científicos estarían de acuerdo con esta valoración. De hecho, el cerebro es tremendamente complejo: se compone de partes conectadas con otras partes, que a su vez se conectan con otras, y en el sistema no existe ninguna «parte final» que decida lo que decimos o hacemos. De hecho, nuestro cerebro actúa dejando que las ideas compitan y discutan para conseguir nuestra atención. Este enfoque tiene sus ventajas, como por ejemplo permitirnos razonar, solucionar problemas e incluso leer libros. Sin embargo, a veces conduce al conflicto, por ejemplo cuando intentamos sostener dos o más ideas contradictorias al mismo tiempo. Cuando eso ocurre, a nuestro cerebro sólo se le ocurre una cosa: reírse.

A menudo consideramos la mente humana como una computadora en la que entran datos a partir de su entorno y que actúa basándose en nuestros objetivos inmediatos. Pero este enfoque es erróneo. Más que funcionar de una manera lógica y controlada, el cerebro lleva a cabo múltiples tareas. No se bloquea cuando se topa con una ambigüedad, sino que, al contrario, utiliza la confusión para alcanzar un pensamiento complejo. Cuando el cerebro se encuentra con metas o informaciones opuestas, utiliza el conflicto para generar soluciones novedosas, a veces mediante la producción de ideas que a nadie se le habían ocurrido antes. El humor se da porque disfrutamos con ese proceso, y por eso la mente aburrida es una mente sin humor. Nos resulta placentero abrirnos paso entre la confusión, y nos reímos cuando se nos ocurre una solución.

Uno de los retos que surgen al considerar el humor como un fenómeno social y psicológico es que no resulta fácil de medir. Casi todos los científicos prefieren centrarse en la risa, que es un comportamiento concreto. A resultas de ello, la risa ha sido relativamente bien analizada; los estudios muestran que tenemos más tendencia a compartir la risa que ninguna otra respuesta emocional, lo que significa que, de media, nos reímos entre quince y veinte minutos al día. Hay mucha variación, desde luego. Las mujeres

suelen reírse menos a medida que envejecen, pero no los hombres. Y solemos reírnos más por la tarde y por la noche, aunque esa tendencia es más marcada entre los jóvenes.¹

No debería sorprendernos, por tanto, que los primeros intentos de comprender el humor se dedicaran a estudiar la risa. Aristóteles dijo que los humanos son la única especie que se ríe, y que los bebés no tienen alma hasta que no profieren su primera risita. Y por si eso no fuera suficiente, añadió que todos los bebés se ríen por primera vez en el día cuarenta de su existencia. Friedrich Nietzsche describió la carcajada como una reacción a la soledad existencial. Freud tenía una visión más positiva (algo insólito en él), y afirmaba que la risa libera la tensión y la energía psíquica. El problema de todas estas definiciones, claro, es que no sirven para nada. No hay manera de medir la energía psíquica ni la soledad existencial, ni la habrá. Quizá por eso a Thomas Hobbes le agradaba confundir aún más las cosas al calificar la risa como «el deleite que surge al descubrir de repente alguna eminencia en nosotros».

La risa, algo que podemos observar y medir, es desde luego infinitamente interesante, pero el humor revela más acerca de nuestra humanidad, de cómo pensamos y sentimos y de cómo nos relacionamos con los demás. El humor es un estado de ánimo. Y de eso trata este libro.

¡Ja! trata de una idea. La idea es que el humor y su síntoma más corriente —la risa— son productos derivados de poseer un cerebro que se basa en el conflicto. Al manejar constantemente la confusión o la ambigüedad, nuestra mente se adelanta a los acontecimientos, comete errores y, generalmente, se atasca en su propia complejidad. Pero eso no es malo. Por el contrario, nos proporciona adaptabilidad y un motivo constante de risa.

La razón por la que Lenny Bruce estuvo tan divertido aquella noche, al igual que Pryor una década después y Louis C. K. hoy en día, es que cada uno encontró una manera de abordar las principales preocupaciones de su tiempo. Para Bruce, ello conllevaba contar historias sobre la hipocresía del sexo, los prejuicios y las drogas, permitir que el humor arrojara luz sobre temas que, al me-

nos a finales de la década de 1950, no se comentaban de manera abierta. Ser divertido era su manera de ayudar al público a enfrentarse a la vida en una época llena de cambios. De hecho, aunque el chiste tradicional puede que haya muerto (o, para ser más exactos, esté gravemente enfermo), el humor goza de la misma salud que siempre porque la necesidad de relacionarnos con los demás es intemporal.

A lo largo de las siguientes doscientas y pico páginas mostraré que el humor va estrechamente asociado a casi todos los aspectos de la cognición humana. Por ejemplo, los mismos procesos que despiertan nuestro humor también contribuyen a la percepción, la creatividad, e incluso a la salud psicológica. Los estudios indican que el uso del humor en entornos cotidianos —por ejemplo, cuando contestamos a los correos electrónicos utilizamos imágenes descriptivas— está estrechamente emparentado con la inteligencia.² En resumen, cuanto más listos somos, más probable es que compartamos un buen chiste. Ni siquiera tenemos que ser extrovertidos para apreciar el humor. Lo importante es que seamos capaces de disfrutar de una buena carcajada.

Durante años, los científicos han sabido que el humor mejora nuestra salud, y ahora, al considerarlo como un riguroso ejercicio de la mente, comprendemos por qué. El humor es como el ejercicio del cerebro, y al igual que el ejercicio físico refuerza el cuerpo, ver las cosas desde una perspectiva divertida es la manera más saludable de mantener nuestra agudeza cognitiva. Esto también explica por qué presenciar las actuaciones cómicas de Robin Williams mejora nuestra capacidad para solucionar los pasatiempos de asociación de palabras; la mente tiene que estar funcionando de manera constante, exigente, sorprendida. Las actuaciones de Williams obligan a nuestro cerebro a llevar a cabo nuevas asociaciones y a afrontar la confusión de frente.

Aunque en este libro abordaremos cómo incorporar más el humor en su vida, es importante observar desde el principio que la meta no es aprender cómo hacer reír a la gente ni contar el chiste perfecto. Tampoco quiero prometerles que al final de este libro habrá aprendido a ser una persona más divertida. Mostraré que la

clave para ser gracioso no consiste en aprender trucos ni memorizar chistes, sino, más bien, en comprender de manera más precisa que el humor es nuestra respuesta natural a vivir en un mundo lleno de conflictos. Entonces se darán cuenta de por qué el humor no sigue guiones ni reglas sencillas, y por qué no hay un solo chiste que le agrade a todo el mundo. El humor es idiosincrásico porque depende de aquello que hace que todos seamos únicos: cómo nos enfrentamos a la discrepancia que reina en nuestro complejo cerebro.

Algunas personas han argumentado que el estudio del humor no tiene mucho sentido, pues es demasiado misterioso para comprenderlo. El escritor estadounidense E. B. White escribió incluso que analizar el humor es como diseccionar una rana: interesa a poca gente, y el sujeto siempre muere al final. En algunos aspectos es cierto, puesto que el humor cambia constantemente, y, al igual que la rana en la mesa de disección, si no lo sujetamos resulta bastante escurridizo. Pero actualmente los científicos están descubriendo que el humor es nuestra respuesta natural al conflicto y a la confusión, un tema que sin duda merece nuestra atención. ¿Qué mejor manera de comprender nuestras motivaciones que averiguar cómo enfrentarnos a la incertidumbre?

Otro argumento habitual en contra del estudio del humor es que no sólo es una ciencia, sino también un arte. Joel Goodman, director de una organización llamada The Humor Project, afirmó en una ocasión que la gente aprendía a ser divertida del mismo modo en que un músico llega al Carnegie Hall. Es decir, siguen la «regla de las cinco pes»: practican, practican, practican, practican y practican. Es cierto que el humor es tan complejo (y lo que provoca una risa tan diverso) que no hay regla que pueda aplicarse a más de una situación. Sin embargo, el humor posee algunos ingredientes muy claros, que la ciencia comienza ahora a revelar. Éstos explican los juegos de palabras, los acertijos e incluso los chistes de abogados. Y todos se basan en el conflicto y la resolución de la ambigüedad dentro de nuestros cerebros enormemente modulares.

Comenzaré presentando las últimas investigaciones acerca del humor, mostrando que sólo gracias a un cerebro indeciso podemos

disfrutar en un mundo exigente cognitiva y emocionalmente. Esto suscita la pregunta de: *¿Qué es el humor?* ¿Qué es, y por qué resulta tan placentero? Como veremos, el humor posee varias fases: comienza con predicciones prematuras acerca del mundo y acaba resolviendo las interpretaciones erróneas que resultan inevitables. Sin este principio y este final, no nos reímos. Y si hay demasiadas cosas entremedio también se pierde la gracia.

La siguiente pregunta es: *¿Para qué existe el humor?* ¿Qué propósito tiene el humor, y por qué necesitamos un cerebro tan complicado? ¿No sería más fácil que nuestra mente fuera como una computadora y más predecible? En absoluto. En primer lugar, las computadoras fallan constantemente, sobre todo si se enfrentan a la ambigüedad. Cuando una computadora se confunde, hay que apagarla y volverla a encender. El cerebro, por el contrario, debe seguir funcionando incluso cuando se topa con lo inesperado. En segundo lugar, ¿cuándo fue la última vez que una computadora escribió un soneto aceptable o compuso una canción pegadiza? La simplicidad tiene un costo.

La última pregunta es: *¿Y qué?* En otras palabras, ¿cómo podemos utilizar el conflicto interno para mejorar nuestras vidas, y cómo podemos ser personas más divertidas? Aunque éste no es un libro de autoayuda, mostraré cómo mejorar su humor afecta su salud, le ayuda a llevarse bien con los desconocidos e incluso le hace más inteligente. Casi todos los aspectos de nuestra vida mejoran si nos centramos en el humor. Este libro explica por qué.

Aunque mi formación como neurólogo cognitivo ciertamente me ha ayudado a escribir este libro, he procurado que la parte científica resultara accesible al lector medio. Uno de los aspectos más estimulantes de cualquier ciencia emergente es que al principio todo el mundo es un experto y un lego. Aunque muchos científicos llevan el tema por caminos poco habituales —pienso ahora en el estudio reciente de unos investigadores de la Universidad de Louisville acerca del humor en el escritor francés Albert Camus—,³ la investigación sigue siendo tan nueva que resulta fácil de seguir. También ayuda el hecho de que el humor no se haya convertido hasta hace muy poco en un tema reconocido de estudio en campos

académicos como la lingüística, la psicología y la sociología. Mi objetivo en este libro es actuar de traductor, y quizá también de mediador, y extraer hallazgos interesantes de cada uno de estos campos. Y combinarlos para crear un campo completamente nuevo: la humorología.⁴

Por último, debería mencionar que mi meta al escribir este libro no es ser gracioso, aunque si alguna vez caigo en ello, tampoco me importa. De hecho, creo que nuestro desmesurado deseo de ser graciosos es el mayor impedimento en la investigación sobre el humor. Los científicos del humor son famosos por su seriedad en su trabajo, como debería ser, pues el tema exige precisión y rigor académico. Pero como el tema es el humor, mucha gente lo ve como una oportunidad para contar chistes. Y ése es el problema. Parafraseando a Victor Raskin en su prefacio al primer número de *The International Journal of Humor Research*, los psiquiatras no intentan parecer neuróticos ni delirantes cuando describen la esquizofrenia; así pues, ¿por qué los investigadores del humor deberían intentar ser graciosos? Es un buen argumento, y pretendo respetarlo.

Y ahora, pasemos a una epidemia de carcajadas, a una película de catástrofes y al chiste más guarro del mundo.

Scott Weems

JA. LA CIENCIA DE CUÁNDO REÍMOS Y POR QUÉ

Lo reconocemos nada más verlo, pero es difícil definir el humor. En esta fascinante investigación, Scott Weems analiza, desde un punto de vista neurológico, pero también psicológico, antropológico y cultural, los mecanismos y resortes de la risa, así como sus beneficios probados. Tratar de explicar una broma es un despropósito, pero eso no ha impedido a los pensadores, de Aristóteles a Bergson, pasando por Kant y Nietzsche, construir amplias y sutiles teorías de la risa. Sin embargo, ninguno de ellos contaba con la información que aporta un escáner.

¿Sabías que el sentido del humor está estrechamente relacionado con la inteligencia o con la capacidad para resolver problemas? ¿Y que también depende de la edad, del sexo, de la nacionalidad o del nivel de dopamina? El humor surge de un conflicto interno en el cerebro, y forma parte de nuestro proceso de comprensión de este mundo complejo. Desde la función del humor negro hasta el beneficio de la risa para nuestro sistema inmunológico, *Ja* levanta el telón sobre la más humana de las cualidades.

Del mismo modo que las computadoras no son capaces de apreciar la ironía, ningún libro de autoayuda conseguirá convertirnos en personas graciosas. *Ja*, basado en las últimas investigaciones e ilustrado con reveladoras anécdotas —e incluso algunos chistes—, revela, no obstante, numerosas claves para incorporar el humor a nuestras vidas.

ISBN 978-607-113-731-9



9 786071 137319